

La experiencia filosófica de la India

Raimon Panikkar

Editorial Trotta - Pruebas

E D I T O R I A L T R O T T A

PLIEGOS DE ORIENTE

Primera edición: 1997
Segunda edición: 2000
Tercera edición: 2017

© Editorial Trotta, S.A., 1997, 2000, 2017
Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
E-mail: editorial@trotta.es
<http://www.trotta.es>

© Raimon Panikkar, 1997

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9879-727-5
Depósito Legal: M-30359-2017

Impresión
Gráficas Cofás, S.A.

CONTENIDO

<i>Abreviaturas</i>	11
<i>Prefacio: Karma-gnôsis</i>	13
1. ¿Filosofía o teología?.....	25
2. Modos índico y occidental de entender la filosofía: la perspectiva occidental	39
3. Śatapathaprajñâ: la perspectiva índica	91
<i>Bibliografía</i>	159
<i>Índices</i>	
Escriturístico	171
Onomástico.....	173
Términos clásicos	177
Analítico	183
General	189

*Con la esperanza de que el sol también
se ponga en Oriente y renazca en Occidente*

kâma stad agre samavartata adhi
manaso retaḥ prathamam yada asît.

[En el principio surgió el amor,
el primer germen de la mente.]

RV X, 129, 4 ab¹

1. Cf. el mismo verso en AV XIX, 52, 1 y el himno al amor del AV IX, 2 (que es distinto al mero deseo sexual de AV III, 25 y de otros muchos textos posteriores).

ABREVIATURAS

AB	Aitareya Brâhmaṇa
AV	Atharva Veda
B	Brâhmaṇa
BG	Bhagavad Gîtâ
BGBh	Bhagavad Gîtâ Bhâṣya
Bod	Bodhicaryâvatâra
BS	Brahma Sûtra
BSBh	Brahma Sûtra Bhâṣya
BU	Br̥hdâranyaka Upaniṣad
Col	Colosenses
CU	Chândogya Upaniṣad
Dh	Dhammapada
Gn	Génesis
Io	Juan
Is	Isaías
IsU	Îsa Upaniṣad
KathU	Kaṭha Upaniṣad
KenU	Kena Upaniṣad
MB	Mahâbhârata
Manu	Mânava Dharmasâstra (Manu Smṛti)
MhparnibS	Mahâparinibbâna Sutta
MundU	Muṇḍaka Upaniṣad
NBh	Nyâya Bhâṣya
NS	Nyâya Sûtra
NSBh	Nyâya Sûtra Bhâṣya
PG	Patrologia Greca
PL	Patrologia Latina

RV	Ṛg Veda
S	Śaṁhitâ
Sap	Sabiduría
SB	Śatapatha Brâhmaṇa
SN	Samyutta Nikâya
TB	Taittirîya Brâhmaṇa
TS	Taittirîya Śaṁhitâ
TU	Taittirîya Upaniṣad
U	Upaniṣad
V	Veda
Vivek	Vivekacûdâmaṇi
YS	Yoga Sûtra
YSBh	Yoga Sûtra Bhâṣya
YV	Yajur Veda (Vâjasaneyi Śaṁhitâ)

Editorial Trotta - Pruebas

PREFACIO: KARMA-GNÓSIS

Los tres capítulos que constituyen este libro abarcan un arco de medio siglo de mi vida. Intentan presentar una cultura distinta de la occidental. La interculturalidad no es ni folklore para descansar ni turismo para entretener. De hecho, el encuentro de culturas se remonta a los albores de la historia. Pero tiene sus dificultades, sobre todo cuando una cultura se cree superior a otra —como tantas veces ha sucedido y no sólo en nuestros días—. Cada cultura es una galaxia con vida propia. Es por tanto metodológicamente inadecuado, aunque a veces pueda resultar una violación fecunda, acercarse a una cultura con las categorías de otra. Conmueve y aterra darse cuenta de la confianza enorme que Occidente tiene aún en sus instrumentos. Es la fuerza del mito. Pero los acontecimientos del mundo, después de la primera y sobre todo la segunda guerra mundial (que todavía las llamamos así), le están haciendo perder al «Primer Mundo» la confianza en sus mitos, y le preparan para acercarse a otras civilizaciones con distintos modales que los de la «misión», la «colonización» y el «desarrollo», aunque sólo sea una minoría sin fuerza política la que clama que los viejos modelos ya no sirven para el entendimiento, la paz, ni siquiera para el bienestar propio. Pero son muchos aún los que se imaginan, por ejemplo, que los derechos humanos, tal como «nosotros» los hemos formulado, son universales; y ahora, con la mejor intención, se quieren ampliar a una «ética global», acaso porque aún nos creemos que el mundo es redondo —y nosotros su centro.

Pero cada cultura no posee otro instrumentario que el propio para acercarse a las demás. Sería ingenuo pensar que la *transculturalidad* pueda existir. No podemos saltar por encima de nuestra sombra. No sólo el medio ecológico es parte del hombre; la atmósfera cultural

en que vivimos constituye como una tercera piel —aunque haya poros y ósmosis de muchas clases y tamaños. Así que abrimos la boca para decir algo lo decimos en una lengua particular y revelamos nuestra pertenencia a una sub-cultura determinada. No hay «tierra de nadie» en esta tierra— de todos.

Ni siquiera la razón es transcultural. De no llevar la escafandra de la propia cultura nos ahogaríamos cuando buceamos en otras aguas. Nuestra cultura es una tercera piel (la segunda es el entorno ecológico). La naturaleza humana es cultural. La cultura no es un aditamento artificial del hombre, como un cierto evolucionismo sutilmente presupone. El hombre es un animal cultural, la cultura le es natural y las culturas son distintas, aunque no incomunicables. Hay *invariantes humanos*, he explicado en otro lugar, pero no hay *universales culturales* de vigencia absoluta.

En cambio, lo que podemos y debemos afanosamente cultivar es la *interculturalidad*. Es ésta la que ampliará, reformará, profundizará y aun hará explotar nuestra percepción del mundo y de las cosas estableciendo una simbiosis positiva que nos permitirá crecer y no asfixiarnos.

Es este imperativo intercultural de nuestro tiempo el que me anima a dotar este prefacio con un título aparentemente híbrido y queridamente paradójico, puesto que occidente está representado por la teoría o *gnôsis* y Oriente por la praxis o *karma*. Las dos palabras quisieran simbolizar la simbiosis entre acción y contemplación.

Digámoslo desde el horizonte de una sociología del conocimiento atenta a la encrucijada tanto histórica como geográfica de nuestra situación humana.

Nel mezzo del cammin di nostra vita, no la individual sino la de la humanidad, cuando por demasiados milenios el hombre ha ido tropezando en la tierra porque sólo miraba al cielo o hundiéndose en sí mismo porque se había olvidado de lo divino; ahora, cuando las consecuencias de haber abandonado lo humano han hecho palpables los estragos de las religiones que, preocupadas por la allendidad, dejaron el mundo en poder de los más crueles; ahora cuando los resultados de haberse olvidado de lo divino se hacen visibles en las heridas a lo terrenal y a la misma *psychê* humana; en estos momentos de la vida del hombre sobre la tierra, cuando su periplo anímico se ha vuelto anémico y su peregrinación material está tocando a su fin; ahora, en el *kairos* del tiempo presente, en el *ritu* de la historia contemporánea, se vislumbra la posibilidad y se siente la necesidad de una meditación fundamental sobre la condición humana que sin caer en el extremo espiritualista evite el materialista. He dicho meditación. Los antiguos

latinos, antes de que la etimología científica los descalificase, sabían que *meditari* significaba: *in medium ire et ex medio ire*, caminar hacia el propio centro y desde él seguir caminando, continuar viviendo. Ésta es la meditación fundamental a la que nos referíamos: ir al corazón de la realidad y vivir desde ella.

Se trata de evitar el escollo del dualismo sin ahogarse en el remolino del monismo, de superar el escollo de una filosofía como especialidad, renunciando a una experiencia integradora de la vida humana, y de salvarse del remolino de una noción de filosofía como panacea universal, que solucionaría (teóricamente) todos los problemas —si no enseguida, por lo menos en una postulada escatología. Acaso el hombre no necesite conocer su meta, pero sí que le hace falta una orientación en su vida que no podrá adquirir si desconoce su occidente. Oriente y Occidente van a ser nuestros símbolos. No pueden identificarse, ni existen el uno sin el otro. Su relación es no-dualista, *advaita*. Oriente y Occidente no son dos categorías geográficas (la tierra es redonda), ni históricas (el destino histórico de Oriente se juega en Occidente), ni culturales (en todas partes cuecen habas: supersticiones, lógicas, misticismos...); son más bien dos categorías socio-antropológicas. En todo hombre y en toda sociedad hay un oriente, un origen, una luz matutina y un occidente, un crepúsculo, una luz vespertina. El hombre se orienta en la vida porque es iluminado por una luz matutina que le viene dada; pero camina por esta misma vida porque descubre los senderos que pisa en virtud de la luz vespertina que él mismo ha adquirido.

Estamos diciendo que debemos superar la fragmentación de la vida sin caer en la indiscriminación de una luz deslumbrante o de unas tinieblas ofusadoras. No podemos dejar el destino del hombre en manos de los Dioses. Nos han defraudado. No podemos tampoco fiarnos del hombre solo. Nos está perdiendo.

Por otra parte tampoco podemos dejar que nuestro destino navegue hacia el abismo. Es cierto que los vientos soplan desde el cielo y acaso el espíritu sea divino. Es cierto que nuestra embarcación se encuentra sobre las olas y acaso en un mar que no hemos creado. Pero sin duda el timón está en nuestras manos y las velas son de nuestra incumbencia.

Nos hace falta una sabiduría divina y humana a la vez. Y así lo ha visto la humanidad desde antiguo; pero la armonía raramente se ha conseguido. El equilibrio se ha desplazado hacia teocentrismos deshumanizantes o hacia antropocentrismos degradantes. La relación entre los contrarios no es dialéctica sino dialógica: ni monismo ni dualismo.

Karma-gnósis quisiera expresar esta relación no-dualista que acaso un tiempo vislumbró la palabra filo-sofía. En efecto, la expresión 'filo-sofía', contra lo que suele comúnmente decirse, no tiene por qué significar la

humildad de quien no atreviéndose a ser sabio se contenta con declarar-se pretendiente, amante, aspirante a la sabiduría. El ideal sería entonces el sabio y no el mero filósofo. Son los sueños de saberes los que han perdido al hombre con demasiada frecuencia. Los auténticos sabios no se han creído tales y nos hablan de *docta ignorancia*, *ajñāna*, *agnosía*...

Saber es mucho más que conocer, como conocer es más que calcular y poder predecir. Saber es saborear y, como diremos enseguida, también amar.

El filósofo sabe que no sabe, que no acaba de saber porque el auténtico conocimiento no tiene término, pues es un constante nacimiento. Cuando el conocedor deja de renacer en su conocimiento y lo aprisiona en lo conocido, lo conocido se convierte en inmutable en cuanto conocido. Se ha llegado a la pretendida verdad de lo conocido y esta verdad está allí para siempre. El hombre tiene que doblegarse ante ella, tiene que reconocerla, y no es libre de ignorarla o de transgredirla. Esta verdad nos hace conocedores de las cosas, pero ya no es aquella «verdad que nos hará libres». Este sabio conoce la verdad, la verdad de las cosas; es su servidor y guardián. Este sabio está ligado a su sabiduría, es esclavo de su conocimiento. Silencio, fue la respuesta de un joven nazareno, aun jugándose la vida, a la pregunta «¿qué es la verdad?» de un débil poderoso que le tenía simpatía. No haya sabios entre vosotros, se proclamó luego en las Escrituras. Pero ya ellas mismas distinguen dos sabidurías, la del sabihondo y la del sapiente podríamos simplificar para entendernos.

El filósofo, entonces, no es tanto el aprendiz a saberlo todo, como el aspirante a un ideal que aún no se ha alcanzado. El filósofo es amante de la sabiduría porque participa en la sabiduría del amor, y en cuanto tal es filósofo: no ha escindido el amor del saber ni ha subordinado el uno al otro.

El filósofo no sabe a secas, sino que ama el saber. El filósofo no es sólo el amante del saber sino que es el mismo sapiente del amor, esto es, un saber que no cesando de amar sabe (saborea) que el amor no es posesión sino dádiva, que el amor no termina nunca, ni se queda fijo una vez para siempre. El filósofo no encuentra la verdad sino que la ama, no la descubre sino que la recubre con su mismo amor. El sabihondo posee lo conocido, el filósofo ama lo que sigue conociendo.

Pero el filósofo ama también la sabiduría, y con ello se supera la dicotomía entre amar y saber. No se puede conocer sin amar, ni amar sin conocer. Así como no hay epistemología sin ontología, puesto que la *epistēmē* lo es del *on*, así tampoco hay conocimiento sin amor puesto que es el amor quien desvela (revela) el objeto que va a ser conocido. Y viceversa, es el conocimiento quien conociendo descubre

la amabilidad del objeto, que de esta manera es amado. No es un círculo vicioso, que lo sería si operásemos con la pura deducción, sino un círculo vital que refleja el carácter mismo de la realidad.

Por eso la filosofía no termina nunca, ni el filósofo acaba nunca de filosofar. Por eso la filosofía no es algo estático que, una vez encontrada la verdad, permanece inmutable por los siglos de los siglos. Hay algo muy profundo en el hecho de que cada filósofo deba empezar de nuevo. Podrá y deberá haber aprendido de sus mayores, pero su punto de partida no puede ser el que sus antepasados le brindan sino que deberá enamorarse personalmente de la realidad que se le ofrece delante, aunque sea y deba ser consciente de que la tradición le ha preparado el encuentro, como los novios de la India tradicional se encuentran porque las respectivas familias así lo han preparado —aunque conserven la libertad del rechazo.

Karma-gnôsis es una palabra que quisiera designar este connubio. Pero ello requiere una cierta explicación.

Hemos indicado ya que la integridad del hombre exige algo más que afanarse por tareas más o menos agradables o extasiarse en visiones más o menos profundas: praxis por un lado y teoría por el otro. El desafío de Marx se hace plausible: se trata de cambiar el mundo y no tanto de comprenderlo. Pero ¿quién o qué nos va a orientar en esta peregrinación humana? La sugerencia implícita de este libro es que sólo quien *camine* (praxis) hacia el occidente porque *sabe* (teoría) que viene del oriente, podrá manejar correctamente el timón y las velas. Hay que conocer los vientos, orientarse por las estrellas, anudar bien las velas y empuñar fuertemente el timón.

Karma-gnôsis no nos sugiere que la praxis sea ya saber o que el saber sea poder. El dualismo entre teoría y praxis es insuperable hasta que no se incluye el amor —como nos sugiere el lema rig-védico que hemos adoptado—. Es la intuición trinitaria o la experiencia advaita, como hemos escrito repetidamente. Pero el tema directo de este estudio no es la filosofía sino la posible fecundación de esta noción occidental mediante su confrontación con las intuiciones índicas. El neologismo sánscrito-griego de *karma-gnôsis* lo quisiera tímidamente sugerir.

Las dos palabras que había escogido para el título de este libro eran intencionadamente griegas: el *daimôn* de la *filosofía* índica. Sólo desde las costas mediterráneas las lenguas europeas pueden acercarse a las orillas del Ganges. El *daimôn* de la *filosofía* era mi título original.

Por *daimôn* entiendo lo que Heráclito dijo y lo que luego la tradición posterior amplió: el carácter, el espíritu, el estilo, la vida, la fuerza, la divinidad.